

Notas y documentos

DOS DISCURSOS ALREDEDOR DE UN PREMIO (1)

Discurso del señor alcalde de Concepción don Juan Riquelme Garay. Discurso de agradecimiento del señor Enrique Molina. Poesía de la señora Estrella Julio de Daroch.

En el acto de entrega del premio Arte y Literatura al señor Enrique Molina, el señor alcalde de Concepción don Juan Riquelme Garay pronunció el siguiente discurso:

En el transcurso de su vida cuatro veces centenaria, Concepción ha tenido el especial privilegio de contar siempre con hombres que en el desempeño de variadas funciones, y en su misión de esparcir y prodigar los valores del espíritu, atesorados en el estudio y la observación serena y profunda de los hechos y fenómenos de su tiempo, se han destacado nítidamente a la consideración de sus conciudadanos.

Don Enrique Molina, que en su dilatada y fecunda existencia ha demostrado poseer los nobles atributos que Dios otorga a los hombres destinados a cumplir una elevada misión, ocupará sin duda, en la historia de Concepción, un sitio de honor.

(1) Véase el número 339-340 de "Atenea".

La personalidad sobresaliente de don Enrique Molina tiene fases interesantes, que en su diversidad de atapas, se presta para un análisis que críticos y biógrafos acometerán con delectación, en todo tiempo.

En el momento que estamos viviendo, en que recibe una nueva distinción, añadida a las muchas que con justicia se le han tributado, debemos recordar las que la I. Municipalidad de Concepción le ha otorgado en otras oportunidades tan felices como la actual.

Cuando el señor Molina se alejó de la enseñanza fiscal, después de casi medio siglo de valiosos servicios, y, durante los cuales, con el sentimiento y la imaginación del artista, y con la filosofía del maestro, instruyó y educó a la juventud que pobló los planteles en los que prodigó sus lecciones densas de nobles enseñanzas, la I. Municipalidad de Concepción premió su espléndida labor, y le otorgó una medalla de oro, en una manifestación memorable con asistencia de las diversas y más destacadas actividades de Concepción.

Hace poco más de dos años, al cumplir don Enrique Molina ochenta años, la I. Municipalidad estimó que era el momento oportuno para rendir un homenaje al fundador y organizador de nuestra Universidad de Concepción, que nació y se ha ido organizando y enriqueciendo tanto espiritual como materialmente, bajo la sabia y austera dirección de su rector magnífico. En esa oportunidad se le confirió la distinción máxima que puede otorgar la Corporación Municipal: la de Ciudadano Honorario de Concepción.

En la primera de esas oportunidades se rindió un homenaje al distinguido educador. Después lo tributamos al creador de una grande obra, probablemente la más grande que ha nacido del esfuerzo privado, nuestra Universidad, que habrá de tener en la historia de esta ciudad de Concepción, y del sur de Chile, proyecciones insospechadas.

Hoy nos encontramos, nuevamente, alrededor de don Enrique

Molina, para estrecharlo con el calor de la verdadera amistad, para hacerle entrega del Premio Municipal de Arte y Literatura, creado en conformidad a un acuerdo municipal, premio que se otorga por primera vez, y que por resolución del jurado encargado de discernirlo ha sido otorgado a nuestro querido amigo por la unanimidad de sus miembros.

El jurado ha puesto en marcha así, el Premio Municipal de Arte y Literatura, y le ha dado prestigio en su momento inicial al conferirlo al escritor y pensador que es don Enrique Molina, cuyo nombre ha traspasado las fronteras, dándose a conocer con sus estudios y ensayos como uno de los valores del pensamiento latinoamericano.

La Municipalidad que creó este premio para estimular el cultivo de las artes y de la literatura, considera que el jurado ha tenido un acierto indiscutido al otorgarlo a quien tanto ha hecho por el progreso de las ideas y por el desarrollo de los valores espirituales de Chile y de América.

En nombre de la I. Municipalidad, del jurado que lo discernió y de todos vosotros, autoridades y vecinos distinguidos de Concepción, entrego a don Enrique Molina el Premio de Arte y Literatura correspondiente al año 1953, que él se ha ganado como triunfan los que cultivan las letras: con talento y con estudio.

El señor Molina contestó con las siguientes palabras:

Trataré de expresaros de la mejor manera que pueda el agradecimiento que llena mi alma al recibir el Premio de Arte y Literatura que la I. Municipalidad ha tenido la gentileza de otorgarme.

Envuelve él un gran honor para mí, realzado todavía por ser el primero en su género que discierne la I. Corporación, por ser entregado en un día de las Fiestas Patrias, por la magnífica concurrencia que llena esta hermosa sala y por los términos conceptuosos y

benévolos del elocuente discurso del señor alcalde con que ha venido acompañado.

Hace pocos días decía en el teatro Concepción con motivo del homenaje al maestro: "La I. Municipalidad de nuestra ciudad permanece fiel a su noble tradición de protectora y fomentadora de la cultura. Continuamente la vemos discerniendo honores y distinciones para aplaudir y estimular a escritores, poetas, pintores y artistas en general".

Estas líneas fueron escritas espontáneamente, antes de tener conocimiento del honor de que se me ha hecho objeto. El acto de hoy, aunque inmerecido para mí, es una confirmación de ellas.

No puedo impedir que acudan a mi mente en estos instantes otras ocasiones en que la I. Institución representativa de la ciudad me ha hecho objeto de manifestaciones afectuosas y muy honrosas para mí. Sin entrar a detallarlas no debo dejar de sumarlas en espíritu a la presente para que se aprecie cuán grande es mi gratitud a la I. Municipalidad y con ella a Concepción, esta ciudad hidalga y querida, esforzada, sufrida y progresista. No se diga que Concepción me deba alguna cosa a mí. Al contrario. Ella me ha ofrecido las mejores oportunidades para darle a mi vida un sentido de actividad creadora. Con excepción de tres o cuatro he escrito aquí todos mis libros, y acompañados de inteligentes y abnegados amigos y colaboradores y de hábiles colaboradoras, me ha sido dado cooperar en esta gran obra que es la Universidad de Concepción.

No debo silenciar mis agradecimientos a los miembros del jurado, mis amigos señores Esteban Iturra Pacheco, Armando Lazcano, Avelino León Hurtado, Ramiro Troncoso y Gonzalo Rojas Pizarro y que Dios, o si queréis, la opinión pública, y la posteridad les perdonen el pecado de benevolencia en que seguramente han incurrido.

Pienso con este motivo en el juicio de los jóvenes. Qué gracia, dirán tal vez, obtener un premio a los ochenta y dos años y después de más de sesenta de trabajos docentes e intelectuales. Y quizás ten-

gan razón si se considera que estos premios deben coronar los destellos del genio en certámenes brillantes. Pero detrás del actual no hay más que trabajo, trabajo aún disimulado y perseverancia, y fe en estas modestas virtudes si se las ha de nombrar así con el nombre que se merecen, fe que traía consigo una alegre firmeza.

Me complazco en evocar estos vivificantes recuerdos pensando precisamente en los jóvenes que pueden estimar la pista recorrida por mí demasiado larga.

Como se sabe, la casi totalidad de los pueblos de Chile no son favorables al trabajo intelectual y menos lo eran aún a fines del siglo pasado. En el que me tocó iniciar mi carrera de profesor no constituía una excepción al respecto. No queriendo desentonar de los jóvenes y menos aún de las niñas con quienes alternaba, llevaba yo una vida doble. Por una parte convivía con ellos en todo lo imprescindible de la vida social, sin hablarles, fuera de a dos o tres compañeros del liceo, como Alejandro Venegas, Maximiliano Salas Marchant, de mis estudios, lo que habría considerado una pedantería; y por otra dedicaba todas las horas que podía, sin hacer alarde de ello y ni mencionarlas siquiera, a perfeccionar la posesión de los idiomas que consideraba indispensables para un profesor: francés, alemán, inglés, que había empezado a mal chapurrar en los cursos de humanidades del liceo, y a estudiar historia, filosofía y letras. Mis amigos solían encontrar raro que me retirara más temprano que ellos del paseo o del club. No sospechaban el magnífico empleo que le daba a esas horas ni yo tampoco se los explicaba. Sin embargo, alguno se percató de los estudios que hacía y me interrogó: "¿Para qué le va a servir todo eso, hombre?" Y vaya que me ha servido. Un respetable señor de la ciudad, que se interesaba mucho por mí, me dió un día el siguiente consejo: "No sea literato, hombre, recíbese pronto de abogado y consígase una notaría". Yo no era literato sino un sencillo hombre de estudio. No digo que sea malo disfrutar de una notaría, mas era un rumbo para el que no me sentía con vocación.

Tal era el ambiente; pero ya les había enseñado a mis discípulos que no había que disculparse con el mal ambiente para no hacer cosas que pueden depender de nuestra voluntad. Y no hacía más que practicar sin ningún alarde lo que venía enseñando.

Quizás impresionado por esta vida sencilla, apartada de toda figuración política y de representaciones oficiales, un ex discípulo, que siempre me dió pruebas del más sincero afecto, me dijo una vez, al cumplir ya cincuenta años de docencia: "En verdad, don Enrique, que la vida ha sido cruel con usted. Usted no ha sido diputado, ni senador, ni ministro, ni siquiera vicepresidente ejecutivo de alguna suculenta repartición. Y esto le ha pasado —agregó— por no afiliarse en logias ni en partidos políticos".

Mi joven y cariñoso ex discípulo tenía su manera de apreciar los valores de la vida, o sea, más bien, no estimaba lo que no llevaba consigo algún relumbrón.

No dejé de rebatirle tales asertos diciéndole que consideraba, al revés, mi carrera realizada en forma llena de suerte. Le hablé de los delicados afectos que se trenzan en la vida intelectual y docente entre profesores y alumnos y entre compañeros; afectos que enriquecen el corazón en forma irremplazable.

Quizás si hubiera presenciado mi ex discípulo esta bella manifestación y el discernimiento a mi favor del Premio de Arte y Literatura, habría corregido su apreciación pesimista de mi vida y habría convenido en que tengo sobrados motivos para considerarme afortunado y sentirme agradecido de una institución como esta Ilustre y generosa Municipalidad y de la querida ciudad que representa.

Concepción y su municipio. Laudable es el celo de esta I. Municipalidad al preocuparse del estímulo de las actividades del espíritu en esta ciudad que cada día acentúa más su carácter de metrópoli industrial. La armonía entre esos dos órdenes de actividades la realizaron con brillo otrora dos grandes centros de la cultura mundial: Atenas y Florencia. En ambas florecieron a la par, en esplén-

dido consorcio, la industria y el comercio, y las ciencias, las artes, las letras y la filosofía. La I. Municipalidad con su actitud y nuestra Universidad en que se armonizan los trabajos teóricos de la inteligencia y los trabajos prácticos, podrán hacer de nuestra ciudad, tan llena de vaticinios favorables, no una plaza simplemente dominada por el espíritu del tiempo, que es de técnica y progreso material, sino una nueva Atenas, una nueva Florencia, un emporio en que florezcan asimismo al lado de ellos, para el bien general, los valores morales y sea una Estrella del Sur de la cultura, digna de su hermoso nombre de pila que dice: Concepción de la Santísima Luz.

El mismo día en que se verificó este acto, la profesora y poetisa señora Estrella Julio de Daroch dedicó, en "La Patria", el siguiente hermoso poema:

COGE EL LAUREL

(Para don Enrique Molina G.).

*Hoy cantamos al arcano de tus ojos,
sin límites, en lo esencial perenne.
Tu simbolismo de existir, tu aliento cósmico,
tu secreto designio mental.*

*"Tragedia y Realización del Espíritu",
desentrañó, más alto, tu substancia,
esa luz de la sangre en cada instante,
ese ángel, ese sueño, ese delirio.*

*Y a impulsos de ese fuego soberano,
creas mundos de amor, nuevas auroras
y tejes tus tres coronas señoriales:
de maestro, de pensador y de profeta.*

*Quien, que bebió tu sol sin ocaso,
en el néctar precioso de tu verbo,
no se alzó hasta el Espíritu Divino
creador de las conciencias estelares.*

*Coge, con el laurel que te esperaba,
ob, eterno peregrino esplendoroso,
en el mástil sereno de tu frente,
la gratitud de nuestras generaciones.*